

PRINCESITAS CON TATUAJE: LAS NUEVAS CARAS DEL SEXISMO EN LA FICCIÓN JUVENIL

Teresa Colomer

Isabel Olid

Abstrat

Se expone en primer lugar la evolución de los modelos sexistas en los libros infantiles y juveniles desde su análisis y denuncia en la década de los setenta, las soluciones adoptadas y las tensiones no resueltas. En segundo lugar se expone la situación actual, afirmando que la crítica a lo "políticamente correcto", la confianza en que los avances igualitarios no podían retroceder y el abandono de la vigilancia educativa en favor de supuestos valores artísticos ha dejado la literatura infantil y juvenil, en manos del mercado. Se analizan los estereotipos sexistas que perviven en la novela juvenil y el renacimiento de las colecciones para niñas, como la chick lit para adolescentes, que recupera la imagen más conservadora de mujer con un barniz de falsa modernidad.

Portadas de color atrevido, adornos de purpurina y corazones rojos, imitaciones de Jorge Labanda y Ágata Ruiz de la Prada. Un alud de colecciones narrativas y revistas para chicas inunda los escaparates de las librerías actuales. Se multiplican las teleseries dirigidas a las adolescentes y los foros de internet hierven de *fans* que charlan animadamente sobre los trucos revelados por una ficción que se propone enseñarles cómo resultar atractivas para los chicos. Un objetivo puesto al día en un despliegue ingenuamente provocador que incorpora un matiz de *pearcings*, ombligos y descaro sexual al rosa cursi de antaño.

He aquí el sempiterno género de la novela rosa en auge creciente. En el pasado año supuso el 4% del mercado editorial español, con 3.000 títulos que generaron 30 millones de euros. Desde el *Diario de Bridget Jones* o de *Mujeres de Manhattan* de Candace Bushnell se ha tratado de ampliar el público hacia nuevos sectores sociales que exigen distintos tipos de identificación, pero también de ganarlo ampliando las fronteras de edad, de modo que uno de los motores del éxito a partir de la década de los noventa está en el lanzamiento de esta *chick lit* (literatura para mujeres), pero destinada ahora a lectoras a partir de tan sólo diez años de edad. Un lanzamiento en el que participan "sin complejos" editoriales habitualmente dedicadas a la literatura de calidad. Un fenómeno

que ha helado la sonrisa condescendiente con que las generaciones que protagonizaron la ruptura de valores tradicionales en la frontera de los años setenta tendían ya a recordar las colecciones femeninas de su infancia.

1. Los libros infantiles bajo la lupa

Efectivamente, hace décadas que la crítica feminista y educativa se afanó en analizar la ficción infantil para denunciar su sexismo en la propuesta de modelos sociales. El primer paso en este tipo de denuncias ideológicas es siempre señalar la discriminación allí donde se muestra de un modo más evidente: en los libros históricos, ya que el tiempo transcurrido revela en ellos la evolución social de los valores de manera descarnada; en la producción de subgéneros narrativos, ya que ahí los estereotipos campan sin limitaciones artísticas o educativas; o en las obras adscritas a corrientes ideológicas, sean del signo que sean, ya que se proponen precisamente lanzar mensajes educativos, en este caso relacionados con uno u otro modelo de género.

Así, pues, en la década de los setenta se empezó por denunciar las obras que reforzaban la separación de modelos entre niños y niñas desde la aparición de la literatura infantil y que dividían las colecciones entre libros para niños y para niñas¹. Como ejemplo ilustrativo podemos señalar que fue en esa época cuando la influyente selección *Little Miss Muffet Fights Back* acordó criterios para incorporar libros no discriminatorios -o menos discriminatorios- en las selecciones de las bibliotecas y escuelas norteamericanas:

1. Libros con mujeres y niñas activas e interesadas en su profesión o sus aventuras
2. Personajes femeninos con características de personalidad positivas y no asociadas tradicionalmente a la mujer: inteligencia, independencia, valor, eficacia, etc.
3. Retratos positivos de mujeres que no sólo sean madres y de jóvenes que demuestren ambición y capacidad de tomar sus propias decisiones
4. Comentarios explícitos del narrador a favor de la no discriminación sexista si la trama lo requiere
5. Libros que aborden el tema de la amistad y el amor de manera que el amor romántico no parezca la única satisfacción femenina

Casi al mismo tiempo, los cuentos populares, un tipo de literatura que no se veía afectada por la división entre géneros de sus destinatarios, fueron puestos bajo sospecha. Se clamó entonces contra las princesas pasivas, el final matrimonial o una

¹ Recientemente han aparecido en España dos estudios muy interesantes sobre los libros para niñas de los años cincuenta y sesenta: Paloma Uría (2004) y Ana Díaz-Plaja (2008).

caperucita devorada por su desobediencia. Desde la crítica feminista, Ruth MacDonald (1982) resumió en tres las opciones que tenían los autores y los mediadores para soslayar el modelo negativo del folclore:

1. Presentar los cuentos inalterados y tratar las posibles consecuencias dañinas para los niños en el comentario posterior a su lectura.
2. Reescribir los cuentos alterando los aspectos discriminatorios.
3. Escribir otros cuentos usando motivos folklóricos para lograr la misma eficacia literaria sin los inconvenientes educativos.

Un alud de nuevos cuentos, como la colección italiana “A favor de las niñas”, traducida por Lumen, dieron la vuelta a los roles del folclore dando un cariz positivo a las brujas y llenándose de príncipes soñadores y princesas que no se querían casar. Tanto si se modificaba el folclore como si se trataba de nuevas obras, no puede negarse que la nueva producción se esforzó por ampliar los valores de cada género, defender el derecho a la diferencia individual y ofrecer un reparto más equilibrado de papeles sociales. Y por supuesto que, a tenor de los nuevos valores, las colecciones de calidad dejaron de dirigirse diferenciadamente a los chicos y las chicas. Pronto, sin ir más lejos, Caperucita mató al lobo y se hizo un abrigo con su piel².

2. ¿Por qué fue tan difícil el cambio?

Pero los estudios se ampliaron hacia el análisis de la literatura infantil moderna y, a mediados de los noventa, describieron con detalle la permanencia de rasgos sexistas³. Efectivamente, podía afirmarse que había desaparecido por completo la defensa de la atribución diferenciada de roles, pero también resultaba bien patente que aún había mucho que objetar sobre la igualdad de los modelos ofrecidos a los niños y niñas lectores.

Por una parte resultaba sorprendente el camino que aún faltaba por recorrer en los aspectos "cuantificables" y socialmente más asumidos sobre el papel de la mujer: el número de protagonistas femeninos abarcaba sólo un tercio de las obras o el retrato profesional ofrecido a las niñas para soñarse adultas se mantenía reducido a sólo una

² En la versión de Roald Dhal: *Cuentos en verso para niños perversos*. Madrid: Alfaguara, pero el cambio de valores en este cuento abarca infinidad de versiones desde los años ochenta.

³ Véase la descripción pormenorizada en Colomer (1998; 1999). En Cañamares (2004) se hace un repaso de los estudios dedicados al tema y se analizan una treintena de álbumes seleccionados como positivos para la coeducación en una guía de 2001.

cuarta de las profesiones atribuidas a los personajes, con oficios de escasos estudios y grados bajos en la jerarquía. Por otra parte, el imaginario literario propuesto parecía sujeto a un modelo masculino del mundo a niveles más sutiles e inconscientes. Ciertamente que en el análisis por edades podía verse un trato más igualitario en la producción para primeras edades o en la novela juvenil, géneros desarrollados en esa época: el auge de los temas psicológicos en ambas edades, por ejemplo, otorgaba más atención a las niñas, aunque también beneficiaba a los niños ampliando su radio de acción para incluirlos en la exploración sentimental; o bien, la posibilidad de una descripción social más compleja en la lectura para adolescentes, inevitablemente recogía en mayor medida algunos de los cambios sociales alcanzados por la mujer. Sin embargo la precariedad de este cambio podía observarse en el hecho de que la defensa de nuevos roles para la mujer se tradujera a menudo en forma de discurso explícito; y en los libros dedicados a los lectores entre los ocho y los doce años se evidenciaba la permanencia de un modelo de socialización y de aprendizaje literario fuertemente deudor de la concepción tradicional masculina. Una de las conclusiones más destacadas, totalmente coincidente con el análisis sociológico del trato educativo en las escuelas (Subirats, Brullet, 1988), fue que educación femenina había abandonado sus objetivos tradicionales, pero las niñas parecían abocadas a una asunción limitada del estereotipo masculino.

Tras el gran esfuerzo realizado, el debate se trasladó al balance de unos resultados ciertamente contradictorios: ¿Podía la ficción ir por delante de los avances sociales sin convertir la literatura en un panfleto didáctico como había hecho en muchos casos la llamada literatura antiautoritaria o feminista? ¿No se promocionaban simplemente los valores masculinos al reaccionar con renuencia a la dulzura, la empatía y todo el universo tradicionalmente femenino? ¿No se limitaba entonces el progreso a tratar a las niñas como chicos de segunda clase, más fuertes y emprendedoras que antes, pero relegadas en definitiva a papeles secundarios, como ocurría en las tramas de pandilla? ¿No deberían recuperarse la figura de la bruja y otras malas femeninas frente a los malvados masculinos, ya que al fin y al cabo sólo puede ejercer ese papel quien tiene suficiente poder para producir temor? ¿No mostraban los estudios recientes sobre lectura que las niñas habían continuado leyendo todo tipo de ficción –como ya hacían cuando las colecciones eran separadas–, mientras que los chicos mantenían su rechazo a lo femenino trasladándolo ahora hacia algunos de los nuevos géneros, como el de la novela juvenil introspectiva?

El análisis de estas perplejidades llevó a interrogarse sobre las razones por las que parece tan difícil actuar sobre los modelos de conducta discriminatorios presentes en la ficción

infantil y juvenil. Así, se señaló (Colomer, 1999) que las dificultades para producir o promocionar una literatura no sexista pueden sintetizarse en los siguientes aspectos:

1. La necesidad de respetar los modelos sociales que los niños y niñas ya han interiorizado a través su experiencia vivida, condición necesaria si no se desea que los textos se vuelvan ajenos para el público a quien se dirigen. Por supuesto que puede trasladarse la discusión a un problema de grado, de ver "hasta qué punto" se puede forzar este reflejo, pero ello no invalida la dificultad de difundir ideas distintas a la situación social establecida. Los autores se ven enfrentados a un doble dilema: si la conducta no sexista se presenta como natural, la experiencia de vida del lector la detecta como extraña y se menoscaba la verosimilitud narrativa; mientras que si, por el contrario, se destacan las tensiones existentes en la realidad se corre el grave peligro de convertir la obra en un panfleto estridente. Así, en la literatura, como en la vida misma, la ventaja parece corresponder siempre a la ideología pasiva, y la voluntad de colaborar al cambio requiere grandes dosis de ponderación y sutilidad literaria.
2. La tradición que configura cada género literario no es neutra y la experiencia literaria del lector tiende a asociar determinados géneros y temáticas con la feminidad o la masculinidad. El arquetipo del protagonista de la aventura literaria, por ejemplo, se corresponde con un modelo de conducta asociado tradicionalmente al mundo masculino (individualismo, decisión, conflictos externos, la acción como motor, etc.). Al escribir libros infantiles y juveniles adscritos a géneros muy definidos, como la ciencia ficción o los relatos policíacos, los autores se ven arrastrados por un modelo literario que se resiste a feminizarse más allá de algunos aspectos externos. Por eso las mujeres y niñas colocadas en ese molde pueden resultar siempre sospechosas de masculinización.
3. El consumo social de la literatura infantil y juvenil por parte de sus lectores masculinos y femeninos, al que ya hemos aludido al señalar el mantenimiento de las fronteras entre el tipo de obras leídas por chicos y chicas. Pero la cuestión va aún más allá hasta cuestionar el hecho mismo de la lectura. A pesar de continuar siendo los dueños del imaginario literario, los chicos leen menos, contemplan la lectura de ficción como algo impropio de sus formas de socialización, y rechazan especialmente los libros si el protagonismo es femenino y no se basa en la acción. El estereotipo de sus deseos y preferencias no puede dejar de influir, entonces, en un mercado literario que desea mantenerlos y ganarlos como público lector.

3. La alegre desfachatez actual de “lo de siempre”

Llegados a este punto de dificultades y equilibrios, el esfuerzo por una literatura infantil y juvenil no sexista se fue diluyendo entre la ironía por los excesos derivados de lo “políticamente correcto”, la confianza en los laureles obtenidos por los avances igualitarios y el abandono de la vigilancia educativa frente a una bienvenida crítica que proclamaba el predominio de los valores artísticos. Sin embargo, hoy parece que la intención última de salvar la literatura infantil y juvenil de la “madrstra pedagógica” ha producido el efecto perverso de lanzarla en manos del mercado. Libre de filtros y en una nueva época de conservadurismo ideológico, éste ha impuesto los valores más tradicionales y consumistas. Una situación que afecta especialmente, tanto a la propuesta de modelos femeninos en la novela juvenil que aspira a una cierta calidad, como al potente renacimiento de los libros para niñas.

3.1. *Las chicas de la novela juvenil*

Tota la cruel, perversa, adulta bellesa d'aquella nena va ser una puntada de peu entre cuixa i cuixa (...)

Ella va somriure, innocent, com si no tingués res a veure amb aquells estralls.

Andreu Martín: *No demanis llobarro fora de temporada*

El análisis de unas cuantas decenas de obras juveniles de colecciones con tradición de una cierta calidad muestra que incluso en este tipo de novela juvenil parece que la mirada masculina continúa configurando el retrato femenino del siglo XXI. Cuando las chicas aparecen se nos describen visualmente de arriba abajo, de un modo mucho más pormenorizado que en los personajes masculinos y habitualmente se alude a aspectos eróticos como la piel o los pechos. En realidad, tras la presentación no sabemos nada de ellas, a no ser que responden a los estándares de belleza convencional de la cultura occidental y que su retrato puede verse reflejado en todas las revistas, anuncios y películas de alrededor. La lectura seguida de unas cuantas decenas de descripciones intercambiables, lleva a preguntarse con fatiga si es preciso que estas chicas sean tan uniformemente bonitas (o “preciosas”, como se acostumbra a concluir). Porque, no es preciso hablar de sociedades multirraciales para ver que el tipo de belleza es francamente reductor y para pensar que tanta perfección puede contribuir a crear en los lectores reales la legítima desazón de que ellos (ellas) no son tan populares como lo son siempre estas heroínas, y la sospecha que siempre tendrán más acné y gorduras que no

“pasos elásticos” y “ojos violetas” tan abundantes en esos libros. Soñarse idealizado puede ser un deseo legítimo del lector, pero tal vez se agradecería que no fuera la mayor parte de la novela juvenil actual la que ayudase a reforzar de una manera tan estandarizada y mimética el ideal de una belleza imposible.

Ahora bien, por lo que se refiere a la falta de rasgos diferenciales, cabe decir que no es ninguna sorpresa. Los animales humanizados o los niños que han protagonizado hasta estas edades la ficción literaria acostumbran a situarse en la misma vaguedad, ya que lo que importa es saber simplemente si estamos hablando de un niño o de un conejo. Por otra parte, las novelas juveniles en que los chicos se enamoran juegan dentro de las leyes de diversos géneros. La ciencia ficción, las sagas fantásticas o la novela policíaca no se detienen a personalizar a las chicas objeto del amor del héroe, mientras que las novelas más o menos realistas no se proponen, mayoritariamente, crear personajes con entidad propia, sino adolescentes prototipos cargados de los mismos problemas que sus lectores. Probablemente también se añade aquí la tendencia a una ficción cada vez más audiovisual en la que prima la acción y el diálogo y no la caracterización detallada de los personajes. Así que, en definitiva, lo que interesa es simplemente la función ejercida por estos personajes femeninos en la narración. Y el modelo femenino que encarnan... en el imaginario masculino.

La reinventada fantasía de la mujer iniciadora

Alba, una chica de catorce años, virgen y morena (...) (p.5, *Mecanoscrito del segundo origen*, Manuel de Pedrolo)

En la fantasía masculina actual, las chicas pueden ser decididas y desinhibidas. Como en el caso de Alba, la figura femenina combina belleza, sexo, madurez y acción, un ideal de mujer-madre que, de alguna manera, acoge al héroe, como hará Alba con Dídac, para iniciarlo en la vida sexual adulta. En correspondencia, los chicos pueden ser entonces más tiernos, desorientados e inexpertos. Es posible que ello refleje la vivencia común de un desarrollo desigual en la pubertad en el que las chicas llevan ventaja. En cualquier caso, muchas novelas juveniles se hacen eco de esos sentimientos que sin duda conectan con las inseguridades de los chicos lectores y reafirman a las lectoras. Además, sentirse vulnerable se sitúa dentro de la ampliación de las formas de masculinidad propiciadas en las últimas décadas, aunque este sentimiento halla consuelo en la idea que esas chicas tan activas son también muy dulces, lo cual dibuja un nuevo equilibrio de valores entre los géneros que nos lleva al punto siguiente.

El ideal de igualdad o las niñas de los setenta crecen

Si bé físicament res d'ella era excepcional en si mateix, el conjunt era extremadament harmoniós, cosa que combinada amb la seua forta personalitat, li donava un magnetisme que no havia conegut mai en cap altra persona. (p.80, *Un haikú para Alicia*, Francesc Miralles)

La literatura juvenil que enlaza con los esfuerzos en pro de la igualdad de los setenta parece haber adoptado dos estrategias diferentes: Por una parte, silencia todo aquello que podría continuar discriminando a la mujer como estereotipo social y objeto sexual. En las obras que pueden situarse aquí, buscaremos en vano la descripción de las chicas que enamoran. Puestos a no hallar alternativa al rol tradicional, se proscriben las imágenes físicas detalladas y las conductas tradicionalmente connotadas como femeninas, pero, irremediabilmente, se mantiene a estos personajes en el papel de simples compañeras activas del héroe. Por otra parte, las chicas ensayan el papel de *supermujeres*. Son bonitas, inteligentes, valientes, saben muchísimo sobre las cosas más variopintas, menosprecian la frivolidad, provocan la admiración una pizca acomplejada de los héroes y son las únicas que parecen tener un cabello anodinamente castaño. Claro que, afortunadamente para ellos, todos los héroes descubren en algún momento que sus enamoradas de correcto manual igualitario también son débiles y necesitan de su protección. Salvarlas en el punto decisivo les permite recuperar entonces su autoestima masculina, lo cual nos lleva de nuevo al mismo punto de equilibrio.

La pervivencia de la “femme fatal” o la irrupción de las chicas virtuales

(...) com qui ja fa molt temps que es va acostumar a que tothom la miri, observa els seus moviments, el tatuatge en forma de papallona que du al final de l'esquena, el color perfecte de la pell bruna, les seves natges embutides en unes malles color de plata, el clatell clarisser...Quan fa la volta, una anella també argentada brilla des del melic. (p. 29, *Krysis*, Care Santos)

Si las muchachitas progresistas prolongan una tradición actualizada de las “buenas” con las que el héroe podría casarse y montar un piso de objetos de Ikea una vez acabada la aventura, la atracción sexual se encarna mejor en las nuevas chicas modernas que pueblan escenarios de bares o bandas y que se sitúan en ficciones parecidas a videojuegos y centradas en misterios trepidantes. En este tipo de ficción se acentúan tanto las características de independencia femenina como las del erotismo. Las chicas son tan o más activas que todas las anteriores, pero una pizca más individualistas, malas

y desvergonzadas, ya que asumen una propuesta muy presente en los ideales sociales actuales: la adopción de conductas tradicionalmente masculinas, como una mayor capacidad de violencia, la iniciativa de la conquista o la falta de implicación sentimental de modo que pueden perfectamente no enamorarse del héroe. La perplejidad de los chicos de esas narraciones puede llevarles a encajar en el antiguo papel de las chicas, de modo que rechacen el sexo que las muchachas calcadas de las pantallas parecen tan dispuestas a darles.

En las tres vertientes, el acceso de las chicas al mundo exterior mantiene, pues, un arrojo que nunca desplaza a la figura masculina. Si las chicas son figuras secundarias, hacen su fatal oferta seductora y desaparecen. Y si cumplen realmente la función de heroínas, su dureza es sólo una pantalla que, aún manteniendo su punto de divertida rareza, tarde o temprano dejará al descubierto su inocencia y necesidad de protección. El estereotipo de “chicos de segunda” de los setenta parece prolongarse así, aunque ahora trufado con la posibilidad de ganar puntos en los rasgos tradicionales masculinos (la mirada erotizada sobre los chicos como objeto de consumo, la incomunicación misteriosa, el individualismo, etc.) y con la apreciable influencia de la imagen de la mujer atractiva en el mercado de consumo actual, lo cual incluye su participación en los inicios sexuales. Tal como señalábamos, las protagonistas de los videojuegos, la publicidad o las imágenes difundidas por las revistas y la moda no difieren tanto de esta galería de chispeantes jovencitas cortadas por un mismo patrón complejamente recesivo.

3.2. La nueva ficción para niñas

Y no vayas a pensar que soy feminista o algo por el estilo (p. 59, *Las chicas son tontas, los chicos idiotas*, Vincent Ravalec)

Hemos visto como en la literatura juvenil destinada a ambos sexos se nos presenta un modelo de chica que modula su personalidad para encajar en un modelo masculino que amplía sus posibilidades de debilidad sin perder su jerarquía. Podríamos pensar que las novelas dirigidas expresamente al público femenino suponen una oportunidad para dar más libertad a las jóvenes, para que sean las dueñas de sus propias vidas, aunque sea solamente en este pequeño reducto de ficción creado para ellas.

Sin embargo, un análisis de las obras de más éxito de relativamente reciente *chick lit*

para niñas de entre diez y quince años demuestra que estos libros suponen una nueva formulación del subgénero literario que perpetúa los estereotipos de sumisión femenina (Olid, 2008). Presentan un modelo de chica sin rasgos propios, cuyo único objetivo es potenciar su atractivo para conseguir la atención de los chicos y en el que el abanico de intereses posibles entre las jóvenes se reduce a maquillaje, ropa y chicos, aderezado con un toque modernizado de uso de Internet.

Apología del vacío

Las chicas que pueblan estos libros son atractivas, de buen corazón y no necesariamente inteligentes. No se alude en casi ningún caso a la realización personal mediante actividades que no giren alrededor de la imagen y la seducción. Cualquier muestra de inteligencia que no esté al servicio de potenciar el propio atractivo para encontrar pareja suele castigarse con poca popularidad entre los chicos, lo cual es la pena máxima que se puede sufrir en este universo de corazones. Los enamoramientos de las protagonistas son a primera vista y normalmente sólo sabemos de sus inspiradores que son guapos, porque no suelen hablar con ellos hasta el final de la novela y como paso previo al buscadísimo beso que cerrará el libro.

Los personajes se insinúan más de lo que se construyen realmente, y en su mayoría son tan esquemáticos que rozan la caricatura, de modo que, al final, queda solamente la sensación de que todas son iguales: chicas adolescentes obsesionadas por su imagen —para gustar, más que para estar a gusto— en consonancia con el mensaje que nos asedia actualmente desde tantos medios. De hecho, a menudo sabemos tanto del personaje por lo que se nos cuenta como por lo que sobreentendemos a partir de las fuentes complementarias de la *chick lit*; es decir, revistas especializadas, series de televisión y canciones dirigidas al público adolescente.

El sempiterno rosa en el reparto de roles

En estas obras que buscan la complicidad femenina, escasean los personajes masculinos. Encarnan, únicamente, el objeto del deseo o se aluden en la figura de padres casi siempre ausentes. El reparto de roles vuelve a la tradición, aunque se elude el mandato masculino para mantener a la mujer en casa. Simplemente, no es necesario, ya que son las mismas mujeres la que adoptan este destino con naturalidad y sin plantearse ninguna otra opción. Así, las jóvenes de la *chick lit* adolescente, atractivas y

en busca de novio, dan por supuesto que cuando sean mayores se casarán con ese novio, renunciarán a cualquier aspiración personal para entregarse de lleno a la familia y serán amas de casa o empleadas a media jornada en trabajos a los que no se da ninguna importancia en la novela, tal como puede verse en el retrato incuestionado de sus madres.

Si anteriormente constatábamos la necesidad de que el universo del libro se ajuste hasta cierto punto a la realidad de los modelos de género en la actualidad, hemos de afirmar que la *chick lit* para adolescentes parece totalmente ajena a esta tensión. En este tipo de narraciones no aparece reflejado ninguno de los avances hacia la igualdad de los últimos cincuenta años, y es preocupante la imagen de superficialidad enfermiza que ofrecen de las adolescentes. Se ignoran, por ejemplo, las estadísticas de la Organización Internacional del Trabajo, que afirman que el 48% de las mujeres que trabajan lo hacen a cambio de un sueldo. Por supuesto, no se tratan tampoco en ningún caso problemas sociales y se soslayan todo tipo de conflictos, ya sean de clase, generacionales o de cualquier otra índole. A juzgar por estos libros, el mundo de las adolescentes es pequeño y seguro, y lo único por lo que cabe preocuparse es por si es mejor pintarse los ojos con sombra verde o azul. La simplificación extrema de los problemas a los que se enfrentan las jóvenes durante la adolescencia, y la banalización de la complejidad psicológica de ese momento vital, producen un efecto casi insultante para un lector maduro.

Si entramos en los muchos foros que se han abierto en Internet a partir de estas colecciones, sabemos de su propia voz que las consumidoras buscan en estos libros entretenimiento fácil, y consejos de belleza y seducción. Los usan por una parte como herramienta socializadora (pueden hablar de los libros con su grupo de iguales) y, por otra, como manuales de instrucciones sobre cómo comportarse. De hecho, muchos de esos libros llevan títulos como *Cómo sobrevivir al primer amor: instrucciones de la A a la Z*, *Chicos, manual de instrucciones* o *Guía para chicas*. Desgraciadamente, estos autodenominados "manuales de instrucciones" no lo son para la independencia, las relaciones en condiciones de igualdad entre hombres y mujeres o la ampliación de los objetivos vitales más allá del cuidado del hogar.

4. De nuevo o aún...

En definitiva podemos concluir que la evolución de la imagen de ambos géneros

ofrecida por la literatura infantil y juvenil refleja necesariamente los avances y lagunas del progreso social en la superación de la discriminación femenina. La reivindicación del acceso de la mujer a las actividades y conductas tradicionalmente masculinas ha dado lugar a una mayor presencia femenina y a un mayor cuidado en la descripción de sus características, pero el progreso no parece suficientemente consolidado y, sobre todo, lleva asociado muchas incógnitas sobre el camino a seguir. Uno de los retos actuales sería conseguir que la exploración personal que propicia la literatura interese finalmente a los chicos y les ayude a perder la incomodidad ante sus emociones o a descubrir las ventajas de la gestión de las relaciones personales. Otro, probablemente aún más difícil, es definir modelos literarios y de conducta que ayuden a las chicas a verse como sujetos y no como objetos definidos por la mirada masculina, a asumir los riesgos de la lucha por el espacio exterior sin renunciar a sus modos de ser y sin la necesidad de convertirse en "supermujeres".

Tal vez sea el momento, pues, de interrogarse sobre el abandono de una batalla que un día se creyó ganada de forma irreversible. Si nuestras adolescentes crecen bajo el mosaico de imágenes estereotipadas de la novela juvenil y de los antiguos modelos renovados ahora por la *chick lit* para adolescentes y las pantallas audiovisuales, tal vez sea natural que un artículo que hace poco daba cuenta de una investigación entre el alumnado de Bachillerato del área metropolitana de Barcelona se titulase escuetamente: "Jóvenes y sexistas".

Referencias

- "Jóvenes y sexistas". *La Vanguardia*, 7/03/2008.
- Cañamares, C. (2004): "Algunos roles sexistas en los álbumes ilustrados infantiles: ¿un nuevo sexismo?". S.Yubero; E. Larrañaga; P.C. Cerrillo: *Valores y lectura. Estudios multidisciplinares*. Cuenca: Ed.Univ.de Castilla-La Mancha, 147-171.
- Colomer, T. (1998): *La formación del lector literario. Narrativa infantil y juvenil actual*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- Colomer, T. (1999): *Introducción a la literatura infantil y juvenil*. Madrid: Síntesis, pp.44-62.
- Díaz-Plaja, A. (2008): *Claves de análisis de las novelas para niñas: valoración histórica y literaria*. Tesis doctoral, Universitat de Barcelona.
- MacDonald, R. (1982): "The tale re-told: feminist fairy tales". *Children's literature association quarterly*, 7: 18-20.

- Olid, I. (2008): “Entre nois i noies: la força dels estereotips. La nova *chick lit* per a adolescents. Colomer, T.: *Lectures adolescents*. Barcelona: Graó. pp.167-182.
- Subirats, M.; C. Brullet (1988): *Rosa y azul. La transmisión de los géneros en la escuela mixta*. Instituto de la Mujer. Madrid.
- Uría Ríos, P. (2004): *En tiempos de Antoñita la fantástica*. Madrid: Foca